

[Incorporado al libro
"De mi País" 1903]



El Norte

números 1637, 1638 y 1639

1-16

Bilbao, sábado 11, domingo 12 y martes 14 de junio de 1887

LOS GIGANTES.

A mi buen amigo D. EDUARDO DELMAS Y SAGASTI.

Muchas veces, amigo Eduardo, me ha expresado V. su deseo de que se explote la rica vena de nuestros casos y cosas locales, dándoles el colorido y sabor que han de menester y hasta me ha excitado á que haga algo en este sentido. Aquí vá un ensayo que á nadie mejor que á V., uno de mis mejores aunque de mis más recientes amigos, puedo dedicar. Dado mi humor, han de resultar estos recuerdos históricos cómico-elegiacos ó tragi-cómicos, cómo ha de ser!

Algunos condenarían mi Historia de triste. No hay modo de referir tragedias sino con términos graves. Las sales de Marcial, las fabulas de Plauto, jamás se sirvieron ó representaron en la mesa de Lívio.
(Don Francisco Manuel de Melo, en el prólogo á su Historia de los movimientos, separacion y guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV.)

¡Gargantúa! Algo grande, grandísimo, pero varagoso é informe, perdido en la neblina de mis tiempos míticos, de aquella edad del Bilbao legendario que corre apacible hasta mi nacimiento. ¡Gargantúa! De él hablábamos los niños como los sábios hoy de Asurbanipal, Aménofis, Moisés ó el *Ursus spelaeus*, porque éramos chicos, al fin, del siglo XIX, mamadores del espíritu crítico y sabíamos de muy buena tinta que no era Gargantúa más que

un grandísimo pedazo de carton. Yo no he conocido á Gargantúa más que por tradicion; era un enorme tragadabas arrastrado en un carro y por él gagnate se deslizaban los muchachos como por suave *sirinsirin* hasta ir á salir por el lado opuesto. ¡Qué lástima el que hubiese sido retirado el tradicional Gargantúa! ¡Qué pena no haber podido ser tragado y depesto luego por el gigante! Yome le figuraba colosal, con ojos saltones, nariz roja, boca grande é insaciable apetito; acaso fué de otro modo. Más tarde he leído á Rabelais; no sé qué filiacion pueda tener el héroe bilbaino con el descomunal padre de Pantagruel ó éste con aquel, que todo podria ser. Averíguelo Vargas, porque es cosa de ocupar los ocios de cualquier erudito desocupado.

Gargantúa se fué; le mató una bomba cuando estaba paráltico y retirado; pero nos quedaron los gigantes para diversion de niños, entretenimiento de grandes y solaz de ancianos. Ha conocido tres dinastias de gigantes; los de la edad antigua, á quienes aquí en Bilbao no hemos conocido los jóvenes, los de la media y los de la moderna; con ojos de crítico los viejos y los nuevos; los medianos con ojos de niño.

A los antiguos gigantes los conocí en el destierro, caídos de su antiguo esplendor, humildes y cabizbajos. Era en Guernica; allí les ví y me parecieron unos gigantes enanos é insignificantes comparados con los modernos gigantes de Bilbao. Ellos también reinaron, hicieron correr tras de sí á los

muchachos, alegraron nuestras calles y animaron nuestras plazas y plazuelas; fueron encanto de nuestros abuelos. El progreso trajo nuevos gigantes más aptos para las nuevas necesidades sociales; la antigua dinastía cedió y fueron tristes y resignados á terminar sus dias en Guernica, donde reyes en destierro, tornaron á regocijar al pueblo con sus mustias gracias. Eran desmayados sus andares, entre ridícula y trágica su expresion, flacos y menguados, pegadas á su armazon sus enjutas vestimentas.

Fué desastroso su fin. Era en Agosto de 1886, durante las fiestas con que mi querida villa de Guernica celebra á su santo patrono San Roque. Concluida la romeria y llegada la noche dejaron á los expatriados gigantes á descansar bajo los soportales de la casa del Concejo y allí quedaron meditando triste y filosóficamente en su pasada grandexa y en su entonces feliz mediania en aquel hermoso rinconcillo. Almas empedernidas, *emenda* mejor dicho, llegaron por allí de bureo á las altas horas de la noche y el demonio, enemigo de todo lo que sirve de honesto recreo, y atormentador de reyes caídos y pretendientes, les sugirió la horrible traza de dar fuego á los venerables desterrados. Las llamas envolvieron sus túnicas y chamuscaron sus cabezas, y allí y así fueron hallados á la mañana siguiente sus negros esqueletos calcinados, sin que durante la noche se les hubiera oído exhalar una queja. *Sic transierunt* (Q. E. P. D.)

Ahora vengo á los gigantes que llamara medios.

A estos les conocí de niño, les traté, les admiré, les ví, oí y toqué, sí, les toqué también, ¡vaya si les toqué! eran los míos.

Llegaban lo menos hasta el segundo piso, iban serios y graves, ni se daban mirar á los chiquillos que les precedíamos. ¡Don Perencio y Doña Tomasa! ¡Qué arrogante mozo era Don Perencio, con su sombrero estudiantil, su capa terciada y su reposado continente! ¡Qué bailes sus bailes, con qué gravedad danzaban sin que siquiera se les viera los pies! Pero no, no! que yo se los ví, yo mismo, unos piecitos enanos, chiquirriticos ¡qué desencanto!

Y el enano? ¡Qué fiero nos arrameta! Pero observé (yo siempre he sido observador) que era el enano razonable y que, como el toro, no aruzándole, se pasaba de largo. Le esperaba yo un dia en la acera de mi calle y según él se acercaba se acrecentaban los latidos de mi corazon. Estave por echar á correr delante de él, diciéndole: "Evaristo, evaransuelito! enano, pégame en la mano!", pero por un sentimiento de valor estoico, de rara sangre fría, quedé clavado en las losas esperando á que pasase. ¡Qué rabia! No sé lo que le hubiera hecho... ni me tocó, cuando yo tenia en el sombrero preparada un alfiler para que reventara su vejiga.

—Si, qué te crees tú, á dentro van los barrrenderos, en lo demás cómo andarían?

(Se continuará)

MIGUEL DE URQUIJO.

1502
A-16



LOS GIGANTES.

(Continuación.)

Chiquillos del siglo XIX. Bien sabia yo que dentro iban barrenderos, pero qué grande fué mi desilusion cuando con mis ojos lo ví, cuando toqué el armazon de tan formidables colosos ¡miserio maniquí! Habitaban la antigua casa de Misericordia, luego cuartel de forales, hoy convertido en Audiencia, Escuela de Artes y Oficios, *orinadero* y otras cosas, contigua á la iglesia de los Santos Jaones y de donde los sacaban cuando se repicaba gordo, les vestían y aderezaban para llevarles á dar su paseo triunfal por la villa. Allí podia verlos y tocarlos si quería y allí ví con amargo desconsuelo á los gigantes en armazón. No hay hombre grande en bata, ha dicho alguien.

Desde entonces perdí el respeto á tan respetables gigantes y cuando al son alegre del tamboril y el pito se paseaban con aquel paso peculiar á ellos, el paso á saltitos, veía yo á través de sus flotantes vestidos el pobre armazón de su esqueleto y sonreía desdeñosamente cuando me hacía observar algun amigo: "míate, míate, no te ves aquel bujerito que tienen allí, pues es pa que miren los barrenderos que van adentro." ¡Ay! Si tuviéramos todos un bujerito por donde se viese al barrendero que llevamos dentro

eran seis los gigantes de la edad media, y sus

LOS GIGANTES.

(Conclusion.)

Llegamos á su fin, no trágico como el de los antiguos, ni misterioso como el de los medios, sino cómico cual corresponde á los reyes de nuestra edad que en vez de morir en el campo de batalla ó víctimas de traidores ó intrigantes se mueren de cualquier enfermedad prosaica. Era el tiempo de los cloruros, las fumigaciones y otras drogas; los gigantes en cuyo palacio amontonaron no sé que poquísimos no pudieron resistir y quedaron horriblemente deteriorados por la *cloruritis*. La lista civil y la necesaria reparacion eran subidas, grandes las atenciones del municipio, mayor el hastío de los grandes, hombres de fines del XIX, cansados ya de gigantes, máximos el desencanto y desplacer que personajes tan encopetados y aristocráticamente sublimados produjeron; se fulminó la sentencia y fueron estos gigantes modernos, reyes esplendentes de nuestras regocijadas fiestas, sacados ¡oh ignominia! á pública subasta. ¡A subasta! ¡que positivista es nuestro tiempo! Morir como los antiguos ó siquiera como los medios, régicamente.... pero ser subastados como trasto inservible y viejo!

enanos dos. Representaban aquellos por parejas Europa, Asia y Africa, pues eran además del grave D. Terencio, vestido de estudiante, símbolo de la Europa, estudiante eterno, y de la garbosa y buena moza de doña Tomasa, sal de la tierra, con un mantilla y su gigantesco gracejo, dos árabes y dos reyes moros. Pero el regocijo de los niños chiquitos y de los grandes eran los dos enanos que no por serlo dejaban de aventajar en estatura á cualquier mortal. ¡Qué cabezas tan descomunales sus cabezas! Eran dos manolos, con redecilla, chapa de trencillas bordada, y calzon corto él, con vestido breve ella. Aún recuerdo el rostro de la enana, una cara pacífica, reposada, de pánfila, lo que no empeña que diera violentos vejigazos á todo bicho viviente y corriente. ¡Qué corridas aquellas delante de los corretones cabezudos! Cabezudos les llamaba por lo fino el Excmo. Ayuntamiento en los carteles de los festejos de la villa, por no denigrarles acaso con el mote vulgar de enanos con que todo el mundo les conocía. Observé que cuando algun barrendero á otro hombre hablaba con ellos lo hacía dirigiendo su voz á la boca del enano y en el fondo de esta ví asomar más de una vez el sudoroso rostro de algun empleado municipal. "Míate, no le ves por la boca la cara á ese hombre que va adentro... ¡aví! qué chireneles el saramero de mi calle."

Como Gargantúa el mítico y como los antiguos gigantes pasaron los gigantes medios, yendo á morir oscuramente no se sabe como. Fué su fin

Nadie quiso dar un ochavo por ellos y fueron en gabarras con su *cloruritis* á tomar aires del mar á Portugalete, donde, reyes desterrados como en Guernica los antiguos, alegran á la fresca chiquillería por aquel muelle nuevo y donde morirán al fin, con o murieron los antiguos trágicamente y misteriosamente los medios. Ya dijo Rioja:

Las torres que desprecio al aire fueron

A su gran pesadumbre se rindieron.

Hemos quedado faltos de gigantes y ahitos de faroles que no se encienden; nuestros hijos oirán hablar de los rendidos gigantones como de pobres fósiles que por especialísima providencia divina llegaron á nuestra edad menguada y frigidísima para ser juguete en vez de admiracion de los pueblos.

Yo ahora, recordando al mítico y legendario Gargantúa, á quien no conocí, á los antiguos gigantes de cuya trágica muerte fui testigo, á mis gigantes de la edad media de misterioso acabamiento y á los modernos de ignominiosa subasta no puedo menos de exclamar con énfasis:

Al león viejo hasta los ratoacillos le mean! Ved el fin de los gigantes del siglo XIX, elocuente ejemplo dado al mundo de la vanidad de las cosas gigantes!

MIGUEL DE UNAMUNO.

misterioso como fin de héroes de la edad media. Si viviéramos en otro tiempo, se les esperaría como al rey Arturo, creyendo que un día habrán de venir rodeados de pompa á divertirnos otra vez; algunos me han hablado de qué sé yo que transformaciones y metamorfosis de estos gigantes en los modernos, pero esto es cosa de herejía; otros me han explicado su fin por no sé qué transformaciones que huelen á vil materialismo, intentos todos que sólo obedecen al menguado prurito de borrar lo sobrenatural de la historia y reducirlo todo á leyes fatales. *Vade retro, Sataná!*

Yo me atengo á la explicacion más cómoda.

Y vinieron los gigantes modernos, más elegantes y pulidos, más de relumbrón y aparato, última y nueva dinastía á la que precipitó á su ruina la descomunal pompa que desplegaron. Los trajeron siendo yo ya más que niño, perdido por consiguiente para mí el encanto de tan encantadores personajes. Eran ocho, á Europa, Asia y Africa, habian añ-dido America, y los enanos (cabezudos según el Excmo. Ayuntamiento) eran tambien ocho correspondientes á sus ocho señores. ¡Oh mudanza de los tiempos y vanidad gigantesca de los modernos reyes!

Bastaban á los antiguos dos criados ó bufones para seis y traen los nuevos sendos enanos para solaz y servicio de cada uno de ellos. Empezaron su reinado con sobrada ostentacion. Todos recordamos aquella india americana de bronceada tez y hermosos ojazos que fué admiracion de propios

Nota importantísima. Lo que precede es la novela histórica, modificada la estricta verdad para acomodarla á las necesidades de la ficcion poética.

Pero como abundan las personas meticulosas y exigentes que no se pagan de novelorías y piden siempre la *impura realidad* me apresuro en su obsequio y en descargo de mi conciencia de grave historiador, á restablecerla.

Los que llamo antiguos gigantes no son tales y si sólo unos monigotes elásticos que se hicieron hácia el año de 1850 y tantos, para una cabalgata y fueron, perdida su elasticidad, á acabar sus dias en Guernica con el fin trágico que he narrado y que es rigurosamente histórico. Los gigantes medios eran antíquisimos, databan de nuestros tatarabuelos lo ménos, y Gargantúa fué posterior, aunque acabó su vida tambien antes que ellos. Estos, la crítica histórica, positivista y plagada de darwinismo hoy, asegura que se transformaron en los nuevos, pero yo me resisto á creerlo.

Algunos eruditos haciendo observar que los gigantes medios sólo representaban Europa, Asia y Africa les hacen anteriores al descubrimiento de la América (1492), coetáneos acaso ó poco posteriores á la fundacion de la villa en 1300.

Dadas estas explicaciones, repito que me quedo con mi vision archi-intuitiva de las tres gloriosas

y extraños y que hacia decir á muchos por lo bajo: "si pestañeara, y fuese yo gigante ó mucho más pequeña ella, á mi no me gustaba por su tamaño, aborrezco el bulto."

La india, siguiendo á su indio miraba con desdén circular á sus piés el hormigueo de los vivientes.

A las gracias inatas y espontáneas bailoteos de los gigantes sus antepasados, sustituyeron estos el estudiado y artificioso rigodon que los hubieron de aprender los barrenderos municipales para bailar á los gigantes en el solemne dia de su inauguracion solemnísimas. Oh! El Excmo. Ayuntamiento haciendo aprender el rigodon á los barrenderos... que *chireneles* es el siglo de las luces!

Aún recuerdo cuando en el Arenal les ví durante nuestras fiestas de Agosto bailar su gigantesco y recién estudiado rigodón. "¡El besol el besol, pedía el público infantil. Recordaban y pedían aquel graciosísimo saludo que al concluir sus geniales y barrenderiles bailoteos se hacían los históricos don Terencio y D. Tomasa, cayendo magistralmente el uno sobre el otro y resonando profundo y hueco como corresponde á besos de gigante." "Si! decía un muchacho á otro, te credrás que se van á dar el beso, son nuevos y se les pueden apurruchar las narpias. Los modernos reyes no hacen siquiera el sacrificio de la nariz por su pueblo!"

(Conchurá.)

MIGUEL DE UNAMUNO.

dinastías, y dejó á los empedernidos positivistas, ojos sin color y almas sin poesia, el atenerse á la menguada verdad histórica. ¡Quién sabe si es lo suyo fábula empírica y mítica verdad lo mío! ¡Cuidado con el empeño de quitarnos lo maravilloso!

Respecto á los nombres de D. Terencio y doña Tomasa yo tenia una presuncion, pero recorriendo la lista de los nombres de nuestros alcaldes que hace poco publicó un almanaque, no he podido, con grande pesar, hallar que ninguno de ellos se llamara D. Terencio.

Si yo quisiera perder el tiempo revolvería nuestros archivos y la memoria de nuestros ancianos para sacar en limpio quién, y cómo construyó los gigantes, bajo qué alcalde y cuantos maravillosos costaron, así como tambien Gargantúa que debió de ser ocurrencia de algun erudito lector de *Itabellais*; pero queden esas investigaciones para quien no posee, como yo, el inestimable don de la intuicion histórica, con el cual sé pasarme tan ricamente. Por otra parte, creo que V., querido Eduardo, se contentará con mis visiones y no aspirará á esas otras mendencias de archivo.

M. DE U.

